

## “Aparta de matanza”

FRAGMENTO DE UN CAPITULO DE “GRAN SEÑOR Y RAJADIABLOS” LA MAGISTRAL NOVELA QUE ACABA DE PUBLICAR ESTE RENOMBRADO AUTOR NACIONAL.

HAN de haber parao el rodeo ya. Cuando yo me vine, bajaban de todos los laos los piños a la quebrá.

—¿Quiéres que galopemos? — preguntó el gobernador.

Pascualote lo miró a los ojos, atento.

—Como prefiera su mercé.

Toledo decidió:

—Vamos bien así.

Continuaron, pues, al tranco.

En realidad, tiempo había.

—¿Y tú viniste sólo por nosotros?

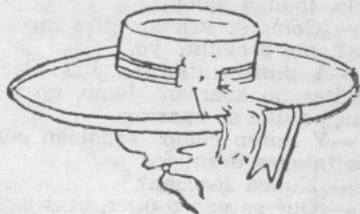
—A guiarlos me mandó el patrón. Y sí no . . . ¡cómo, pués!

—Habriamos llegado solos.

—De todas layas, dos caballeros invitaos, sin un sirviente . . .

Cabalgaban por el camino inferior, fundo adentro, torciendo puntillas de lomas a la derecha, orillando a la izquierda los valles. Como todo el personal había concurrido a la faena, el campo dormía en un silencio de Domingo y se poblaba de pájaros en disfruta de la soledad. Al pasar ante un potrero alfalfado, seis caballos que allí pastaban corrieron hacia ellos, crines al viento, hasta la cerca. Erectas las orejas, los ojazos comunicativos, abriendo las narices y con los belfos tremulos, relincháronles, cual si pretendieran hablarles.

—Deseosos de que los llevemos, — explicó, Pascual. Son co-



rraleros de don Pepe y adivinan lo que allá está sucediendo. ¡Les gusta más retozar . . . ! Tienen afición, los brutos, lo mesmo que los cristianos.

—Lindos animales.

—Aguarden, aguarden a que mande remudar el patrón, — agregó el huaso a la tropilla inquieta, como quien pide a niños paciencia.

La mañana calentábase al sol. No había ya rocíos y vibraba el aire, interpuesto como un vidrio entre la vista y el paisaje. Veíanse pardar ya los trigos, las palmeras echaban cogollos verdes en medio de sus penachos descoloridos y las codornices reían invisibles con su grito de burlona carcajada.

El gobernador, vaciando el pecho henchido de campaña y frescura, necesitó hablar:

—De modo que Valverde ma-  
drugó.

—Con noche se fué al encuentro del ganao. Le gusta ver que no quede vaca enmoñá por ahí.

Prosiguieron alegres la marcha. De rato en rato alcanzaban hileras de chiquillos que concurrían, ellos también, a la faena. Cada granuja portaba su cordel en la mano, dispuesto como lazo a punto de maniobra. Más allá, tres sobre un mismo jamelgo, en pelo, iban a galope.

—¿Cómo se sujetan estos mocos?, me pregunto yo.

—A puro equilibrio. Las pierrecitas no abarcan lomo, no les dan pa que se agarren.

—Y miren cómo espolean con los talones desnudos.

—¿Nunca se caen?

—¡Qué se van a quer, esas arañas!

Al enfrentar los corrales, Toledo se sorprendió:

—¿No es aquí el rodeo?

—Los rodeos corrientes son aquí, pa correr vacas en la mediana. Pero este, de matanza y tan en grande, pide más cancha. Obligao hacerlo a campo cercao a monte.

—Eso sí.

Los dos visitantes engolfáronse pronto en sus comentarios de la guerra. Por fin, tras un recodo, divisaron una polvareda flotante. Junto con verla, oyeron además la orquesta de mugidos, que como un manto entoldaba el lugar. Tornaron, entonces, las caras, interrogadoras, hacia Pascualote.

—¿No decía yo? Pararon, — repuso el mozo a la tácita pregunta.

—No he visto ya matanzas, — dijo el secretario. ¿Y Ud., señor?

—Como militar, hijo, no hay laya de matanza desconocida para mí.

Pocos minutos más tuvieron

que andar, para meterse al cabo en un llano entre serranías. Tal era el ambiente allí que les pareció entrar en un salón inmenso y concurrido. Casi llenábalo el piño enorme y en giro constante sobre sí mismo.

Los divisó José Pedro y vino a recibirlos a carrera. Paró en seco su caballo, con las cuatro patas a la vez, en desnalgada perfecta que rayó cuatro huellas en el suelo.

—¿Me perdonan? —, dijo enderezándose y tendiéndoles la mano. Yo tenía que hallarme temprano aquí.

—Por supuesto.

—No faltaba más, hombre.

Fueron al tranco hacia las ramadas, donde se desmontaron. Cantaba bien templado el acero de las grandes rodajas de José Pedro a cada paso de las piernas tiesas dentro de las botas hasta medio muslo.

—Circuncisión, cébales un mate a estos caballeros.

La vieja, que vestía manda del Carmen por la suerte de las armas de Chile, abanicó en cucullas el fuego con el ruedo de su pollera. Luego cogió una brasa con una cuchara, le sopló la ceniza, quemó azúcar en ella y cebó el mate. El aire se aromó de mieles y yerba. Tras de probar con la misma bombilla con que serviría, tendió el calabacito, al gobernador en primer turno:

—Sírvase usía.

El veterano chupó sin asco el cañuto en que pusiera su boca la vieja.

Para Felipe Toledo era nuevo el espectáculo. ¡Qué agitación, en aquel claro, seno, plaza o explanada, que bullía entre tantas soledades! Agitación de fiesta, llena de sonos, ladridos, cómicos perances, risas y gritos. El mu-

gir, sonoridad de fondo, coreaba su nota continua, única; pero, marcábanle compases las voces de arrear que los huasos montados emitían sin descanso:

—¡Juera, juera! ¡Juera, huacha, juera!

Vino a galopito corto y bailón un inquilino.

—Patrón, — expuso —, yo también quiero echar a la matanza un güey que tengo de más.

—¿Estó gordo?

—Enronchao de gordo, patrón.

—Bien, échalo.

—¡Eh, ño Jecho, ayúdeme! — llamó el peón desabrochando el lazo de su montura, y fué al encuentro de su compañero.

El bramar no cesaba, monótono, al ritmo de aquel incansable “¡Juera, juera! ¡Huacho lobo, juera!” Algunos cogían bestias que adrede habían arreado con la masa bovina, las rasquetéaban y, tras medio alíño de tusa y cola, reponían montura. En seguida se cambiaban el poncho por la manta corta y vistosa. Siempre un rodeo impone las mejores prendas y el mejor apero.

Toledo atendía con los cinco sentidos.

—Y de la guerra, ¿qué me cuentan?— preguntó José Pedro con el último gorgoriteo de su mate. Esas gestiones de paz . . .

—Fracasaron. Dos días de tira y afloja, más bien de tira y no afloja, y por último, ayer, el fracaso.

—Ahora, marcharemos sobre lima.

—Ya era tiempo. Año y medio de guerra llevamos.

—De Abril del año pasado a hoy, 28 de Octubre, año y medio largo.

—Menos mal que de triunfo en triunfo.

—Pues, yo aquí todo el último

tiempo, con la esquila primero, con esto ahora, apenas sé algo de lo que se opina en Santiago.

—De lo que se opina veníamos cabalmente hablando, — dijo Felipe. Porque tu ídolo, don Benjamín, pretende dirigir al Estado Mayor desde su editorial.

—Hombre, tú le tienes mala ley a don Benjamín.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Eso me pregunto. ¿Por qué? Quizá por pasión política.

—Pero, si sale ahora con que la campaña de Tacna estuvo de más, que con seis mil hombres en la quebrada de Camarones habría bastado para custodiar Tarapacá.

—¿Y quién sabe!

—No, Valverde no nos equivoquemos, — intervino el gobernador. En primer lugar, ¿dónde se halla Camarones? Entre Tacna y Arica. Pues, sin tomar este puerto cualquiera, ¿cómo nos metíamos en Camarones? Tacna en nuestro poder facilitaba la toma del Morro. Debía ir Baquedano por Ilo y Moquegua, dominar en Tacna y convertir en victoria decisiva la proeza de Pedro Lagos en el Morro de Arica.

José Pedro se inclinó ante la crítica militar.

—Y dice Vicuña Mackenna, — insistió Felipe —, que sólo ahora comienza la campaña contra el Perú, porque hasta hoy no hemos tomado sino su extremo austral.

—A mi juicio, hemos ganado la mitad de la guerra.

—Y la mitad más importante.

—A ver, a ver . . .

José Pedro quería razonado apoyo para su optimismo.

Los sirvientes de la ramada, hombres y mujeres, hacían ávida rueda en torno a los caballeros.

—Tarapacá, — explicó el mili-

tar —, nos da mucho dinero con sus salitreras, a tiempo que al Perú se lo quita. Seis meses hace que vendemos nosotros el salitre. Crece nuestro crédito y el peruano se abate. El cambio chileno, que había bajado a treinta y dos peniques, se recupera con velocidad. Sin Tarapacá nuestro, ¿no estaría nuestra moneda hoy a menos de real y cuartillo, como está la peruana en su derrumbe? Pues, ¿y Tacna? Si no la hubiéramos ocupado, no habría sobrevenido la desmoralización en Lima: tan convulsionada y caótica está la política interna del Perú a causa de nuestras ocupaciones, que ha dejado el mando el Presidente y se ha ido a Norte América; mientras nosotros discutimos normalmente aquí la elección presidencial próxima. Sí, amigo Valverde, media guerra llevamos ganada. Y más, puesto que la escuadra chilena bloquea ya los puertos del enemigo y llevará nuestras tropas a desembarcar donde mejor convenga.

—¿Oyes, bendito? Bien está que don Benjamín te regale sus libros y te aconseje buenas lecturas pero, en este . . . en esto no le creas.

—No deseo yo más que no creerle ahora. Lo que no impide que lo admire.

—Justo, — aprobó el gobernador.

En esto, por tercera o cuarta vez, gritaron desde la faena:

—¡Patrón! Y aura qué hacemos?

José Pedro subió presto a su alazán tostado. Montaron por su parte las visitas y lo siguieron.

—¿Quién era el apurón, — inquirió Valverde al frenar.

Don Eliecer zahirió con su falsete:

—¡Quién había de ser! Póngame a mí mejor en este puesto, señor.

—¡Ahi tá!, — saltó irónico el zaherido compadre. Cuando estaban herrando los potros del rey, vino la cucaracha y estiró su pata . . .

Irrumpieron las carcajadas en coro.

—Y a ver si usted, compadrito, — desafió aún —, sabe desjarretar como yo aprendí de mocoso.

Empinado sobre los estribos ordenó en seguida:

—Lárgueme un animal bien lobo a la cancha.

Y fué a traer su media luna. Era una vara larga como una lanza. Tenía, en vez de punta, una cuchilla en semicírculo, cuyo filo cóncavo o interno fulgía de reflejos. Semejaba el asta de una bandera musulmana.

—Así me gusta, señor, a la antigua. Así me gusta, — celebraba Sebastián.

José Pedro eligió el novillo; a su ojo experto, el más montaraz y rápido. Metió su caballo en la masa. El alazán, maestro, tan pronto se halló frente al elegido y sintió las espuelas del jinete, comprendió su deber; fué a pegar el pecho contra el costillar del vacuno. Y no cejó ya. Entreverándose, quería el novillo escurrirse y huir: el tostado no se le desprendía de las costillas, cual si lo hubieran soldado a su presa. Y empujando, seguro, la sacó del entrevero, piño afuera.

Al verse suelto en cancha libre, arrancó el bovino en salvaje huída. Más, don Joaquín íbale a la zaga ya. Corría el perseguido y corría el perseguidor con su instrumento en ristre y acortando distancia. Lo alcanzó al fin y, con destreza de milagro, se le vió

apoyar la filuda media luna contra un corvejón primero y en el acto contra el otro. Al mero choque, los tendones de ambas patas traseras se cortaban y derrumbábase desjarretado el brazo.

Un prolongado ¡ohohoh! en algarazara saludó la suerte.

—¡Caballo Pájaro!, — vitoreó José Pedro.

Don Eliecer avanzó a estrechar la mano de su compadre, que devolvía su lanza como paladín victorioso.

Felipe Toledo estaba maravillado.

—¿Esto es a la antigua?, — inquirió.

—Sí hoy no desjarretamos así.

—A no ser por diversión.

Por aquellos años, en efecto, eso apenas practicábase de cuando en cuando, como deporte. Más breve resultaba desjarretar a toril. Pronto lo vería Toledo.

Pero, se habían alborotado los ánimos.

—A trabajar, niños, — hubo de imponer el patrón. A trabajar en orden.

La tarea tomó ritmo de labor, aunque los huasos aprovechaban cada coyuntura para ejercitar sus dones.

—Despajemos en la mañana, — dispuso José Pedro. Aparten primero lo de marca y señal; lo de inquilinos, lo flaco y lo caballar, con la crianza ya marcada, que se vaya volviendo al cerro. Y cuéntenlo todo muy bien.

Suavemente, sin alborotar el piño, los hombres iban a poco sacando a un extremo de la cerrada pampilla los animales que

debían recibir los signos de la hacienda. Allá, Sebastián tajaba orejas a los terneros lechones; zarcillo “al lado de montar”. Pasual y sus ayudantes imprimían letras a hierro candente sobre las ancas “al lado del lazo”.

—¿Cómo dicen?, — averiguó Felipe.

—Ya oiste: lado de montar y lado del lazo. En el campo no entiende nadie de izquierda y derecha. Hasta los ríos tienen su orilla del lado del lazo y su orilla del lado de montar.

Avido, el ciudadano pulcro seguía observándolo todo. Cómo caían los animales, cómo rubricaban el aire los lazos y cómo tendían sortijas por el suelo, entre perros ladradores y niños aplicados al uso de sus soguillas, los peales que decidían el tumbo de la res. Al tajo en la oreja, balaban los lechoncillos; a la quemadura en el cuero, los mayores mugían con angustia, y los dolores volaban por el aire denso al tufo de la chamusquina.

Dos horas después, en la puerta del fondo, una calle de vaqueros daba salida, contando, a la manada que había de soltarse nuevamente a las serranías.

—¿Cuántas cabezas calcula usted haber visto aquí, señor gobernador?

—Quizá un par de miles.

—Está Valverde muy rico, entonces.

—El fruto de dos generaciones: él, su padre y su tío el cura, tres hombronazos.

—Aquel cura, sobre todo. Me han contado cosas . . .

De pronto irrumpieron voces:  
—¡Atajen! ¡Atajen, hijo é . . .  
tu mamita!

Se había escapado un toro de matanza tras los ganados a los cuales se les devolvía al campo.

Partieron veloces varios jinetes en pos, José Pedro adelante, borneando el lazo. Observábase Toledo el juego que a la muñeca imprimía para mantener la armada abierta. Debía ser una O inalterada la que se disparase sobre la cabeza del animal y se apretara en seguida con la presa de la corrediza.

—Ese toro corta cualquier látigo, — advirtió uno.

—Dos lazos necesita ese toro.

Ya lo había previsto Cachafaz y corría en ayuda de su amo. Y fué así cómo, al alcanzar la armada de José Pedro en los cuernos del fugitivo, ceñálos también la del muchacho. Seguía disparado el toro y seguían ambos huasos detrás, dando a sus lazos suelta para evitar el tirón violento. Al cabo quedó aquella fiera sujeta, una cuerda tirante a cada flanco. Habían medido, patrón y sirviente, precisos, el momento justo de hacer alto, volver sus bestias en ángulo recto con los látigos y aguantar a una la tirada.

Se vió entonces a Valverde saltar rápido a tierra y sacar de la faja un cuchillo. Pero, en particular asombró a Toledo ver a la vez cómo el caballo, solo, resistía los tirones del vacuno; clavaba los cuatro cascos, arando con ellos el suelo, tendía oblicuo su cuerpo todo, en arte sabio de resistencia. El lazo, apegualado a la cincha, tenso al máximo, vibraba como la cuerda de un arpa.

Y mientras, a la derecha sujetaba Cachafaz y, a la izquierda, el alazán, maestro como un hombre. Pepe descargaba su cuchillo sobre los jarretes del toro y lo hacía rodar.

—Eso se llama caballo y eso se llama huaso!, — gritó don Joaquín.

—¡Caballo y Caballo Pájaro!, — le completó alguien.

Cuando media docena de peones arrastraban el toro al recinto de matanza, Felipe Toledo había trepado todos los peldaños de la admiración.

Por mucho rato aún oyéronse las órdenes de trabajo:

—¡Puerta! Ya, den el campo a estas bestias que andan estorbando.

—Luego, luego, que hay que almorzar.

—¿No queda ganao del inquilinaje?

—Allá va una vaca.

—Allá va, allá va.

Entre las filas de jinetes, todo animal que no se carnearía salió.

E. B.

